



# Artículos

## Iluminismo y Pandemia. Certezas e incertidumbre

Ángel Pablo Tello<sup>1</sup>

*O se vive la vida de un consumidor dependiente de los desarrollos tecnológicos o materiales, entregado al supuesto progreso, o se reencuentra la propia responsabilidad interior, que se dirige no sólo hacia uno mismo, sino también hacia los demás.*

*Esculpir en el tiempo*

*Andrei Tarkovski*

*La cultura digital se basa en el dedo que numera, mientras que la historia es una narración que se cuenta. La historia no numera. Numerar es una categoría poshistórica. Lo narrativo pierde enormemente relevancia. Hoy todo se hace numerable para poder traducirlo al lenguaje del rendimiento y la eficiencia. Además, el número hace que todo sea comparable. Lo único numerable es el rendimiento y la eficiencia. Así es como hoy todo lo que no es numerable deja de ser. Pero ser es un narrar y no un numerar. El numerar carece de lenguaje, que es historia y recuerdo. La digitalización aumenta el ruido de la comunicación. No sólo acaba con el silencio, sino también con lo táctil, con lo material, con los aromas, con los colores fragantes, sobre todo con la gravedad de la tierra. La palabra humano viene de humus, tierra. La tierra es nuestro espacio de resonancia, que nos llena de dicha. Cuando abandonamos la tierra nos abandona la dicha.*

*Un jardín para redimir al hombre digital.*

*Byung-Chui-Han*

---

<sup>1</sup> Doctor en Relaciones Internacionales (IRI – UNLP), Profesor de la Maestría y del Doctorado en Relaciones Internacionales (IRI – UNLP), coordinador del Departamento de Seguridad Internacional y Defensa (IRI – UNLP).

Desde tiempos inmemoriales se ha asignado a los medios mecánicos, sean ya rudimentarios o sofisticados, la capacidad de modificar, para bien o para mal, hábitos y costumbres de los seres humanos. *El hombre decide en todo*, sentenciaba el líder chino Mao Tsetung; a lo que podríamos agregar aquello de "...las máquinas no hacen la historia, ayudan a que los hombres la hagan" de Raymond Aron. A partir de la caída del Muro de Berlín y la ulterior desaparición de la Unión Soviética, se ha instalado en el mundo globalizado un pensamiento dominante según el cual la obtención y acumulación de objetos materiales constituyen la razón de ser de la vida humana: el individualismo a ultranza y el sálvese quien pueda están en la base misma de una concepción ideológica que relega a los seres humanos al rol de simples espectadores de una película que confeccionan otros. La posesión de bienes materiales no está mal en sí misma, todos tenemos derecho a una vida digna, a vivir en comunidad y, entre otros aspectos, educar razonablemente a nuestros hijos; los inconvenientes aparecen cuando la distribución de las riquezas no es equitativa y aparecen los hijos y entenados.

René Descartes, preocupado por las guerras religiosas que asolaban el continente europeo y para las cuales carecía de una explicación racional que fuera más allá de la *barbarie* de los hombres, buscó refugio en las matemáticas y elaboró un método que perdura hasta nuestros días. El desarrollo de las matemáticas le ofrecía a este destacado pensador francés un lugar seguro, tranquilo y libre de cualquier *contaminación humana*; este modo de ver las cosas tendría con el tiempo una influencia trascendente sobre las ciencias físico- matemáticas y sociales. Estos puntos de vista han tenido y tienen, quizás hoy con más fuerza que antaño, sus precursores y discípulos en el denominado Iluminismo o Siglo de las Luces, conformando el sustrato fundamental de lo que podríamos considerar como "valores" occidentales o bien la "razón" que, en realidad, no son únicos ni exclusivos y deben necesariamente entenderse con otras "razones".

El Iluminismo, fiel a sus principios, pensó al mundo como algo terminado, detenido en el tiempo y el espacio, a partir de lo cual no cabrían nuevos descubrimientos, habiéndose llegado a la cima del conocimiento, de modo tal que gran parte de las explicaciones podían remitirse a fórmulas matemáticas. Influenciado por los aportes al desarrollo científico de Isaac Newton y Galileo Galilei, quienes habían realizado notables y significativas contribuciones al conocimiento humano, estas ideas, además de facilitar trascendentes desarrollos de la ciencia y la técnica, ejercieron una fuerte influencia en el campo de las ciencias sociales cuyas expresiones más relevantes han sido quizás el positivismo y el marxismo. Sin embargo, ello no constituiría un obstáculo para ulteriores desarrollos efectuados por la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica.

Mark Horkheimer y Teodor Adorno en *Dialéctica del Iluminismo* sostienen que esta corriente del pensamiento expresa el movimiento real de la sociedad burguesa, mediante un conjunto de ideas encarnadas tanto en personas como en instituciones. La verdad, entonces, no sólo es conciencia racional sino también su configuración de la realidad. (1) En la obra citada señalan estos autores: "El espíritu no puede menos que debilitarse cuando es consolidado como patrimonio cultural y distribuido con fines de consumo". (2)

En su tiempo y aún hoy con las diferencias que marca la distancia, el gran programa del Iluminismo era y es liberar al mundo, a los seres humanos, de la magia y las supersticiones. Objetivo éste parcialmente alcanzado pero que en sus fundamentos olvidó o ignoró a la condición humana, sus creencias y valores, que animan la acción y sentimientos de miles de millones de personas. El Iluminismo, en consecuencia, sustituye el concepto por la fórmula, Según Horkheimer y Adorno: “Todo lo que no se resuelve en número y en definitiva en lo uno, se convierte para el Iluminismo en apariencia; el positivismo moderno confina esto a la literatura. Unidad es la palabra de orden, desde Parménides a Russell, se continúa exigiendo la destrucción de los dioses y de las cualidades”. (3) Un aspecto central de la condición humana, tal como Hegel lo exponía, lo conforma la angustia existencial básica, la dialéctica finito-infinito, que es común a todos las mujeres y hombres y se define por la capacidad que poseen para pensar el infinito sabiéndose finitos al mismo tiempo; hecho que no sólo le confiere un gran valor, entre otras, a las creencias religiosas como respuesta trascendente, sino que le ha permitido al mismo tiempo configurarse como referencia para los códigos de convivencia y comportamiento. Ello explica en alguna medida el auge de las religiones en el mundo contemporáneo pretendidamente dominado por la técnica y el materialismo.

El concepto ha sido desde el principio un producto del pensamiento dialéctico, en el que cada cosa es lo que es sólo en la medida en que se convierte en lo que no es, tratándose en este caso de la prueba dialéctica, tan afín a Hegel y que consagra aquello de que el movimiento es lo único que permanece de la desaparición, a lo cual este filósofo agrega “...sólo Dios no tiene movimiento”, es lo *Absoluto*. Por esta vía son descartados los pensamientos fijos y los mundos terminados. El dogmatismo del Iluminismo y las ideas afines no tienen lugar o espacio en esta construcción.

Observan los autores citados: “Platón prohibió la poesía con el mismo gesto con el que el positivismo prohíbe las ideas” (4) “Mediante la fe, la religiosidad militante de la nueva edad -Torquemada, Lutero, Mahoma- ha pretendido conciliar espíritu y realidad. Pero la fe es un concepto privativo y se destruye como fe si no expone continuamente su diferencia o su acuerdo con el saber” (5) Desde que el lenguaje entró en la historia, sus amos han sido magos y sacerdotes. Aquél que ofende los símbolos cae, en nombre de los poderes sobrenaturales, en manos de los tribunales constituidos por los poderes terrestres. El Iluminismo, según Horkheimer y Adorno, ha devorado no sólo los símbolos, sino también sus sucesores, los conceptos universales y de la metafísica, no habiendo dejado más que el miedo a lo colectivo, del cual éste ha nacido.

Los románticos reprochaban al Iluminismo el método analítico, la reducción a los elementos o la reflexión disolvente. Pero la falsedad del Iluminismo está en aquello mediante lo cual el proceso se encuentra decidido por anticipado, identificando por adelantado el mundo matematizado hasta el fondo con la verdad, de esta forma el pensamiento es identificado con la matemática. Se emancipa a las matemáticas y se las eleva hasta prestarles un carácter absoluto. La nueva matemática idealizada se convierte -en términos modernos- en una multiplicidad y en ritual del pensamiento. El procedimiento matemático se plantea de esta manera como necesario y objetivo: transforma el pensamiento en cosa, en instrumento.

Señalan Horkheimer y Adorno: “En la reducción del pensamiento a la categoría de aparato matemático se halla implícita la consagración del mundo como medida de sí mismo. Lo que parece un triunfo de la racionalidad objetiva, la sumisión de todo lo que existe al formalismo lógico, es pagado mediante la dócil subordinación de la razón a los datos inmediatos” (6) En cierta medida, el Iluminismo recae en la metodología de la que nunca ha sabido liberarse. “En las grandes mutaciones de la civilización occidental desde la emergencia de la religión olímpica hasta el Renacimiento, la Reforma y el ateísmo burgués, cada vez que nuevos pueblos o clases expulsaron más decididamente al mito, el temor a la naturaleza incontrolada y amenazados, consecuencia de su misma matematización y objetivación, fue degradado a superstición animista, y el dominio de la naturaleza interior y exterior fue convertido en fin absoluto de la vida”. (7) Un observador externo pensaría quizás que los autores citados intuyeron la llegada del COVID 19.

El Iluminismo es la filosofía que identifica la verdad con el sistema científico. La idea de una ciencia que se comprende a sí misma contradice el concepto mismo de ciencia con la sanción -lograda como resultado por Kant- del sistema científico como forma de verdad, el pensamiento sella su propia inutilidad, puesto que la ciencia es ejercitación teórica, no menos ajena a la reflexión sobre los propios fines que otros tipos de trabajos bajo la presión del sistema.

En cierta forma, la razón -una vez caída la utopía- se ha convertido en una “finalidad sin fin”, sostienen Horkheimer y Adorno que, justamente por ello, se puede utilizar para cualquier fin. “La condena de los sentimientos estaba implícita en la formalización de la razón” En este orden de ideas debemos indicar que la formalización de la razón no es otra cosa que la expresión intelectual del modo mecánico de producción. El medio se transforma en fetiche y absorbe el placer. El dominio sobrevive como fin para sí mismo bajo la forma de poder económico, el mercado como Dios que vino a la Tierra. Los consumidores quedan de esta manera reducidos a un material estadístico. Observan Horkheimer y Adorno: “A fin de defender las posiciones propias, se mantiene en vida una economía en la cual, gracias al extremo desarrollo de la técnica, las masas del propio país resultan ya, en principio, superfluas para la producción. A causa de ello la posición del individuo se torna precaria”. Según estos eminentes pensadores, la religión es incorporada como bien cultural pero no suprimida y/o superada.

Por otro lado, cada período de incertidumbres culturales e identitarias como el actual, provoca un incremento de las formas radicales de religiosidad. Medio social incoherente, valores que hierven por todos lados e individuos desorientados, configuran un panorama en el cual el mundo no está claro y las personas no saben a qué atenerse. Ello lleva a la necesidad de reaseguro y una visión más o menos clara que explique muchas cosas. Observa Boris Cyrulnik: “La espiritualidad no está separada del cuerpo ni de la cultura, sobre estos dos pilares se proyecta hacia el cielo y la abstracción no cae sola desde allí, emerge del encuentro entre un cerebro capaz de representarse un mundo completamente ausente y un contexto cultural que da forma a esta dimensión del espíritu”. (8) El misterio de la existencia, entonces, conduce a la espiritualidad y Dios emerge como un concepto totalmente abstracto. “Cuando se recula para encontrar un sentido

a la vida, cuando nos representamos los sucesos pasados, descubrimos el origen metafísico de nuestra existencia. Escapamos de lo real para lanzarnos hacia Dios". (9) Señala este reconocido psicoanalista.

Resulta curioso observar que en estos tiempos en que lo técnico prácticamente ocupa la totalidad del espacio social, transformando de alguna manera al ser humano en objeto o mero espectador como ha sido indicado *ut supra*, los que podemos denominar científicos abstractos, matemáticos, físicos y aun economistas, aparecen como más religiosos que los científicos humanistas. Una explicación de este fenómeno puede encontrarse en el hecho de que un matemático emplea un lenguaje para diseccionar mediante el pensamiento algunos segmentos de lo real desapercibido, siendo las fórmulas matemáticas el resultado de un trabajo de abstracción casi metafísico. A modo de referencia debemos constatar que una buena parte de los dirigentes de movimientos islámicos, en particular aquellos más radicalizados, presentan una formación en lo que vulgarmente se considera ciencias "duras", es decir, físico-matemáticas o médicas. Por caso está el punto de vista de Ayman Al-Zawahiri, actual número dos de Al Qaeda, pediatra egipcio de formación, que al referirse al mártir, "kamikaze" para otros, lo define como una suerte de misil del pobre, munición inteligente porque descansa sobre la acción humana, precisa, furtiva, potente y sin trazas. Osama Ben Laden era ingeniero civil.

Carlos Marx, sin proponérselo quizás, fue un continuador destacado de las ideas iluministas, aunque con objetivos finales diferentes a los de sus exponentes originales, en particular los positivistas. Alexander Yakovlev, quien fuera el jefe de la ideología en el Partido Comunista de la Unión Soviética en tiempos de Mijail Gorbachev, nos ofrece una serie interesante de observaciones críticas acerca de la base teórica del marxismo que contribuyen al análisis que aquí estamos efectuando.

"El socialismo *científico* elaboró una hipótesis social que consiste esencialmente en la pretensión de reorganizar concretamente la existencia del hombre de manera acelerada mediante la revolución. Esto iba más allá de las estructuras de poder y del sistema milenario de la propiedad privada, también más allá del campo espiritual, psicológico y moral". (10)

Marx sostenía, por un lado, que la vida de la sociedad y el curso de la Historia obedecían a sus propias leyes objetivas, las cuales fijaban los límites de la libertad humana. Ello puede asimilarse a la primera definición del *dilema del determinismo* de Karl Popper. Nos ilustra Yakovlev: "La ciencia es ante todo movimiento, duda, ignorancia, el Ser para ella es un problema lleno de incógnitas. Infinita es la búsqueda de un sistema matemático y filosófico que permita resolver científicamente este problema. El marxismo es el triunfo de dogmas inamovibles. La ideología única es la negación de la creación". (11)

Señalando el autor citado en otro pasaje de su obra: "La idea del materialismo práctico y metafísico resulta particularmente cómoda para seducir a la psicología de masas: el materialismo es la filosofía más simple y accesible. Es la fe en los objetos, los cuerpos, los bienes materiales como realidad única. El materialismo conduce inelucta-

blemente al fetichismo, permite suprimir la cuestión de la opción espiritual y, en consecuencia, de la responsabilidad individual, del pecado y el arrepentimiento. El materialismo desarma espiritualmente al hombre, lo hace permeable a la manipulación ideológica". (12)

La naturaleza de la vida social, tanto como la naturaleza del ser humano, es universal por su inconsistencia y el grado de incertidumbre que presenta, tal como lo han observado desde hace siglos los grandes clásicos del pensamiento. En consecuencia, su movimiento presenta siempre una cuota considerable de indeterminación y cualquier pronóstico, por definición, se halla destinado a la imprecisión.

"El hombre, en su ser socio histórico real, el hombre como portador individual y creador de valores, de ideas, de modos de vida, como objeto concreto de estudio sociológico, politológico, culturoológico, etc. no constituye el centro de la atención de Marx", señala Yakovlev (13) "La psicología de la enseñanza marxista es la psicología de la prédica, de la profecía, del mesianismo y no de la ciencia". (14)

Vinculado al análisis de la necesidad, Marx sostenía que el ser social determina la conciencia, por otro lado, si nos asumimos como rigurosamente dialécticos y abordamos la antítesis de esta proposición, debemos preguntarnos ¿por qué la conciencia no determina a su vez el ser social? Para el fundador de la 1° Internacional, entonces, la vida espiritual aparece como algo de segundo orden, una derivación del ser social. De allí una de las condiciones del materialismo dialéctico según la cual la vida material de la sociedad no depende de la voluntad humana; leyes eternas y máquinas serían las grandes hacedoras de la Historia. De acuerdo con este punto de vista -no comprobado hasta ahora a pesar de muchos que creen en un ser social predeterminado, matemático- la sociedad humana avanzaría hacia un futuro brillante sin contramarchas ni retrocesos. Iluministas, positivistas y marxistas olvidan que tras la destrucción de Roma por las tribus bárbaras, tal como la Historia lo enseña, la producción material retrocedió muchas décadas. ¿Entonces?, como bien lo afirma Yakovlev *la voluntad no es una fábula absurda*.

En tanto y en cuanto la conciencia comienza a determinar el ser social, el ser humano se inserta en la esfera de la vida espiritual, lo que se traduce en categorías bien diferentes de la naturaleza material, ella se estudia con la ayuda de otras ciencias -humanas- y requiere la filosofía del espíritu sobre la cual se construyó la filosofía de Hegel. La reducción de la existencia humana y de su esencia a un sistema de relaciones económicas de producción se ha saldado por la reducción de la filosofía de la vida y del carácter social del ser humano a la problemática que, antes del marxismo y luego en el siglo XX, ocupó una posición dominante. La idea de un individuo como resultado de un conjunto de relaciones económicas, el mercado como *Dios que vino a la Tierra* según George Soros, el deseo de remitir todas las contradicciones de la existencia humana a las de la economía, eclipsaron, pusieron a un costado, los factores humanos del ser social, el hecho de que el ser humano no sufre únicamente la desigualdad, sino también la fragilidad espiritual y corporal. El mundo y la vida plantean a los humanos infinidad de problemas

que tienen significado en sí mismos y no pueden ser resueltos mediante la instalación de relaciones de igualdad frente a los medios de producción como pensaba Marx.

Bien podemos señalar que los medios materiales de la existencia son la condición de la actividad espiritual. De ello no existen dudas desde Aristóteles y antes también, tanto como que la producción de medios de existencia es producción de medios y no de fines. Surge de aquí una pregunta ¿cuáles son entonces las finalidades?, ¿cuál es el sentido de la existencia humana? El pensamiento se ha enfrentado, y enfrenta, a estos interrogantes desde que los humanos han aparecido en la Tierra. El hombre es un ser espiritual, necesita antes que nada de saberes edificados, como resulta obvio, sobre una base material. ¿Cómo entonces construir los fundamentos sin pensar el conjunto del edificio? De esta manera razona el marxismo, que se preocupa relativamente poco del sistema de valores reunidos bajo el rótulo de *cultura*, La actividad económica del ser humano por sobre todas las cosas es producto de la creación, dicho de otra manera, de la búsqueda de información. El instrumento de la producción es el producto del espíritu inventivo, la técnica y toda la producción son enteramente espirituales. Lo mismo resulta válido para la organización social, ella es, en una medida aún mayor, una creación del espíritu. *Si Dios no existe, todo está permitido*, sentenciaba Dostoievski en *Los Hermanos Karamazov*.

Señala Yakovlev: “Para Marx, lo ideal no es otra cosa que lo material trasplantado a la cabeza del hombre. Así considera él todo el proceso del trabajo humano de una forma puramente material, como un grado de energía muscular y cerebral” (15)

Aunque pueda sonar extraño o aun provocativo, en cierto sentido podemos afirmar que el marxismo ha triunfado ideológicamente en la globalización por medio del capitalismo salvaje que hoy impera. Pensar al ser humano como engranaje de una gran maquinaria, dedicado al fin último de acumulación de bienes materiales y como consumidor de cosas (para algunos, porque no alcanza para todos) constituye un logro mayor y la confirmación del pensamiento positivista y materialista.

En el caso de Hegel, por ejemplo, la idea constituye el acto indispensable del sistema material. El espíritu extrae el contenido ideal del Ser y por medio de ello encuentra la verdad. Dice Yakovlev: “Ustedes sueñan con suprimir la religión y el ateísmo se ha convertido en una forma simple de religión, un paganismo moderno, negándole al individuo el derecho a la autodeterminación, la libertad de elegir. Cada religión tiene sus profetas y el ateísmo no es la excepción a la regla. Feuerbach y su religión de la humanidad y Augusto Comte de los cuales Marx, con su religión del colectivismo comunista y sus dogmas que rechazan todos los auténticos valores de las religiones precedentes, fue el alumno. El resultado ha sido que la religión del ateísmo tuvo sus padres de la iglesia, sus profetas, sus íconos, sus tumbas, sus reliquias, sus santas escrituras, sus dogmas y sus herejes, su ortodoxia, sus arrepentidos y renunciamientos, y, naturalmente, su Inquisición, llevada al fanatismo más feroz por Stalin. Al separarse de un dios, el hombre se crea un ídolo sobre la Tierra, exige una nueva figura para adorar” (16), todo ello magistralmente analizado por Dostoievsky en *Los Poseídos*. Los nuevos íconos y figuras para adorar bien podrían asimilarse al mercado, las tecnologías, la sociedad de consumo, el

hedonismo y la obtención de bienes materiales a cualquier precio, íconos impregnados por Oel sálvese quien pueda y el individualismo.

Como ha sido señalado, según Marx el modo de producción de la vida material condiciona el proceso socio político y espiritual, ¿puede determinar un modo de producción de manera decisiva los puntos de vista, las ideas, las condiciones de los seres humanos de tal o cual sociedad y la vida de ésta? En otros tiempos, la esclavitud existía en Grecia, en Roma, en Egipto, en Babilonia y en Judea, y continuó existiendo en otros países del mundo, hasta la presidencia de Lincoln en los Estados Unidos y la Asamblea de 1813 en el Río de la Plata para mencionar dos casos conocidos. La economía esclavista se ocupaba uniformemente en todos lados de la agricultura y la ganadería y, teniendo en cuenta la zona geográfica, disponía más o menos de las mismas herramientas de trabajo. ¿Se puede, partiendo de esta uniformidad relativa de la economía esclavista, comprender y deducir la diversidad infinita de las culturas antiguas y de las épocas con sus ideas, creencias, sus instituciones, el pasaje del paganismo al cristianismo esto que constituyó una conmoción gigantesca en la historia de la humanidad? Si la economía determinaba el carácter de la cultura, cualquier historia podría resumirse a la producción material.

Nuevamente Yakovlev: “El principio mozartiano es que lo más luminoso, lo más precioso, es el hombre. Toda la creación terrestre, desde el primer fuego hasta la computadora, desde la rueda hasta las estaciones espaciales, son la obra de personas de tipo mozartiano, de talentos y de individuos cultivados”. (17) Para señalar en otro pasaje de su obra: “René Descartes hacía de la matemática la clave para comprender el mundo, descifrar sus misterios. Para él, el mundo abstracto transcrito en el lenguaje matemático era más perfecto que las creaciones de la madre naturaleza. Un mundo geoméricamente puro, algebraicamente dócil, desapareciendo instantáneamente cuando se lo multiplicaba por cero. Un mundo sin sabores ni colores, sin escalofríos, sin risas ni lágrimas, extraño, parece, al barro de la vida, sus incoherencias, la brutalidad, sus guerras, etc. En cuanto al hombre, Descartes veía en él un mecanismo. El alma no se integraba en este esquema. Era necesario tomarla aparte. Descartes propone una falsa creencia según la cual el hombre podía conocer todos los secretos del mundo y gobernarlo”. (18)

Hoy nuestras sociedades atraviesan un período de fuerte incertidumbre ante una pandemia cuyos orígenes están siendo investigados y carece aún de una respuesta sanitaria apropiada.

En 1648 se firmó la Paz de Westfalia, momento que para muchos estudiosos significó prácticamente el nacimiento del Estado-nación moderno. La relación Valores-Intereses quedaría entonces con un fuerte predominio de los segundos frente a los primeros tal como, en cierta forma, lo describirían Adorno y Horkheimer. Intereses que, como ha sido señalado en otra parte de esta presentación, le otorgaron un peso quizás excesivo a la acumulación desenfrenada de bienes, a lo material, –el ex presidente Obama tildó de *obscenos* a los especuladores de 2008- habiendo generado a lo largo del tiempo y en particular a partir de la imposición de la *doxa* neoliberal de los años noventa del



siglo XX, desigualdad, destrucción del medio ambiente, debilitamiento de lo político como ámbito de resolución de los conflictos y garantía de la expresión democrática de los ciudadanos, fragmentación de los Estados y las sociedades y corrupción generalizada entre otras calamidades, para no hablar de guerras y genocidios provocados por ambiciones de poder en gran medida fundados en razones económicas. En estos casos vale la pena recordar a Mark Twain cuando decía “...para un martillo, todos los problemas son clavos”. El pensamiento único que se impuso en esos tiempos no admitía refutaciones y aquél que osara una respuesta diferente automáticamente era lanzado a las profundidades del infierno, tratado como demente o antiguo, o bien borrado del mapa por los gladiadores militares del mundo *políticamente correcto*.

En algunas de las utopías señaladas del Iluminismo, positivistas y marxistas en el siglo XIX, globalizadores hoy, consideraban a los males que aquejan a los seres humanos definitivamente superados gracias a los avances de la ciencia y la tecnología. Ocurre que los progresos morales de éstos son diferentes a los progresos materiales: las opciones morales se relacionan con los grados de libertad y se plantean para cada generación, se debe elegir entre el bien y el mal y no existe automatismo en la construcción de un mundo libre, democrático y pacífico. El modelo cultural occidental conforma un conjunto vasto, ambivalente y pleno de contradicciones. Individualismo, sincretismo religioso, culto de la técnica y eclecticismo cultural, pérdida de las raíces culturales, el individuo como consumidor indiferenciado de bienes y servicios, menos comunidad política, etc. hacen que muchos autores señalen con acierto que no existe una sola razón occidental, sino varias razones, las cuales deben tratar de convivir unas con otras y respetarse si no se quiere que el mundo estalle en pedazos. Hubert Védrine lo sintetiza con aquello de que “...Occidente perdió el monopolio del relato” Rusia y China, por ejemplo, construidos ambos Estados a partir de una fuerte impronta soberanista de las relaciones internacionales ¿pueden conformarse en el tiempo como alternativa al “universalismo” democrático?

Así como la ecuación valores-intereses se resolvió a favor de los segundos desde 1648 aproximadamente, hoy podemos observar una inversión de la misma en la cual son los valores quienes encapsulan a los intereses en un mundo en el cual lo material no resuelve un problema tan acuciante para la especie humana como lo es la trascendencia y donde los beneficios del “progreso” tampoco llegan por igual a todos los habitantes del planeta.

Creencias y valores, dicho de otra manera **ideología**, vienen dominando en buena medida la escena mundial por medio del ascenso y mayor presencia de las religiones en diversos movimientos políticos, los nacionalismos, particularismos de todo tipo, sentido de pertenencia o adhesión a una comunidad específica, etc. Podríamos afirmar que ello constituye una suerte de revancha de lo humano por sobre lo exclusivamente material, una vuelta a la importancia del trabajo por sobre la especulación, una toma brutal de conciencia acerca de la fragilidad que nos incumbe a todos, sin excepción, y de la cual saldremos recuperando las viejas consignas de la Revolución francesa, nunca tan vigentes de Libertad, Igualdad, Fraternidad. Unamuno dixit *para innovar, no hay como los clásicos*.

En este contexto se ubica una pandemia que nos expone ante cuestiones existenciales fundamentales para los humanos y abre un abanico de soluciones posibles que incluyen, entre otros aspectos, la emergencia de China como *primus inter pares*, el debilitamiento de los Estados Unidos como potencia dominante, el ocaso de Europa, Rusia emergiendo como gigante militar y enano económico, India con una fuerte impronta nacionalista, y tanto las naciones africanas y latinoamericanas endeudadas y con índices crecientes de marginalidad y pobreza. En este escenario de incertidumbre se desenvuelve la plaga que actualmente acosa al planeta y su eventual conclusión.

Thomas Piketty observa al respecto: "...no se trata de rehacer la historia, más bien insistir sobre la importancia de la lógicas de los eventos y de las experimentaciones históricas concretas en las rupturas político-ideológicas en torno a la cuestión de la propiedad y las desigualdades. Más que favorecer lecturas deterministas, es más interesante antes ver en esos acontecimientos un cruce de ideas y bifurcaciones posibles". (19) ¿Cuáles son las trayectorias posibles a partir de las cuales se bifurcarán y emergerán los escenarios futuros?, imposible determinarlo por ahora y por ello debemos comprender la importancia de la noción de incertidumbre.

Incertidumbre que recupera al ser humano con sus virtudes y defectos, con sus creencias y valores como centro y sujeto del desarrollo de la sociedad, tal como lo observamos en las citas de Mao Tsetung, Raymond Aron, Byung-Chui-Han y Andrei Tarkovski, pudiendo agregar en el caso de Argentina a grandes humanistas como han sido Arturo Illia y Raúl Alfonsín entre otros, y que, desde nuestro punto de vista, es quizás la herencia y enseñanza más importante y trascendente –al menos eso deseamos- que dejará la conclusión de esta pandemia

## Bibliografía

Horkheimer, Mark y Adorno, Teodor. *Dialéctica del Iluminismo*. Terramar Ediciones. La Plata, 2013. Página 9

H&A, ob. citada. Pág. 10

H&A. Pág. 18

H&A. Pág. 29

H&N. Pág. 38

H&A. Pág. 105

H&A. Pág. 167

Cyrulnik, Boris. *Psychotérapie de Dieu*. Odile Jacob. Floch á Mayenne, 2017. Pág. 167

Cyrulnik. Ob. Citada. Pág. 170

Yakovlev, Alexander. *Le vertige des illusions*. JC Lattés. Oaris, 1993 Pág. 19

Yakovlev. Pág. 24

Yakovlev. Pág. 33

Yakovlev. Pág. 62

Yakovlev Pág. 67

Yakovlev. Pág. 79

Yakovlev. Pág. 84

Yakovlev. Pág. 293

Yakovlev. Pág. 301

Piketty, Thomas. *Capital et Idéologie*. Seuil. Paris, 2019. PÁG. 155